

Interior de la Sección noruega

BÉLGICA. — HOLANDA. — GRAN DUCADO DE LUXEMBURGO. — DINAMARCA. — NORUEGA. — SUECIA. — ITALIA. — REPÚBLICA DE SAN MARINO. — GRECIA.

La sección belga del Campo de Marte ha sido organizada por la iniciativa privada, aunque no sin un apoyo muy eficaz del gobierno. Por esto sin duda es de las más completas por todos conceptos. En el Palacio de las Máquinas nos formamos cierta idea de la Bélgica metalúrgica, minera y manufacturera, representada por toda clase de poderosos aparatos. En un pabellón especial de madera de abeto llama la atención el modelo de un pozo de mina perfectamente acondicionado. En otro pabellón de piedra gris y rojo ladrillo hay el plano en relieve de una gran fábrica de productos químicos, y casi enfrente una colección completa de mármoles y jaspes de todos colores. Además un plano en relieve de las obras del puerto de Amberes, una serie de productos alimenticios, varios documentos sobre la Bélgica económica y... Pero nos falta el espacio para mencionarlo todo.

Lo que más particularmente llama la atención al entrar en las galerías industriales propiamente dichas, es el lado «sólido y confortable» de las viviendas belgas. Como el inglés, el belga es muy casero, pero en su intimidad no es tan exigente como aquél. La cuestión de la calefacción y el alumbrado le preocupa visiblemente; pero no le basta que su chimenea ó su estufa caliente bien si no adorna la habitación en que está. En punto á alumbrado, usa la gran lámpara de petróleo.

Malinas envía hermosos muebles de madera esculpida, pero en general de gusto antiguo. Sólo tendríamos elogios para los pavimentos de marquetería, si no se abusara en ellos de los dibujos sombreados, es decir, imitando relieves. Nada hay qué decir de los

hierros forjados; los faroles, las verjas, los balcones son por lo general reproducciones de antiguos modelos flamencos del Renacimiento. La cerámica es muy ordinaria y sin carácter artístico bien definido. En cuestión de tapices, tenemos los de M. Bracquené que se obstina en copiar cuadros con golpes de efecto.

Un arte legendario que subsiste en Malinas en constante perfección es la blonda. Decíase que la maquinaria envilecería esta industria de hadas; pero no ha sido así. Verdad es que se fabrican blondas y encajes con máquina, pero las verdaderas obras maestras se siguen haciendo á mano en todas partes. No hay sino pararse á contemplar en la sección belga las dos obreras que trabajan con tanta atención y recogimiento como su abuela pintada por Van der Meer de Delft; parecen hadas que labran esas nubes presentadas en forma de fajas, volantes de vestidos, pañuelos y velos de novia.

No hay motivo para detenerse mucho en la sección holandesa. El aspecto de la sala tiene algo de abigarrado, de brutalmente comercial, que contrasta con el carácter serio de la galería belga. A la derecha, entrando, se ve un tipo de casa de Amsterdam, toda de ladrillo color de rosa y adornada de herrajes: es la «publicidad» de un comerciante de cacao. A la izquierda, atrae un recinto decorado de tapices orientales: es el «reclamo» de un licorista: enfrente descuellan una columna redonda hecha de botellas blancas y negras; es el «anuncio» de una cristalería. Con más gusto se detiene uno ante la exhibición de papeles de hilo llamados «papeles de Holanda,» para imprimir. Los tapices de la fábrica real de Deventer son reproducciones de antiguos modelos orientales, pero de técnica superior. Vense además objetos de loza nada nuevos, carruajes, y una pirámide de cajas y botellas que representan las ricas colonias holandesas de Oceanía. A la verdad, toda esta exposición es bastante pobre.

No olvidemos sin embargo que á la sección holandesa corresponde la talla de diamantes, así como los planos expuestos por los ingenieros holandeses, los cuales luchan con el mar heroicamente: en este siglo han desecado el famoso lago de Harlem; en el siglo próximo pondrán en seco el Zuyderzee.

Sólo por memoria haremos mención de la exposición del Gran ducado de Luxemburgo, que presenta muestras de papeles, algunos muebles, tabacos, una serie de documentos sobre obras públicas, enseñanza y régimen penitenciario... Sigamos adelante.

En la sección dinamarquesa, vemos hermosas pieles, bordados, algunos tejidos, muy buenas piezas de ferretería y de platería, pero lo que en ella sobresale son las porcelanas de la fábrica real de Copenhague. La instalación de éstas ha llamado poderosamente la atención de los ceramistas, pues se encuentran en ella piezas exquisitas, de materia perfecta, de ornamentación atrevida, sencilla y segura, y de colores armonizados con delicadeza. Merece conocerse el nombre del artista que ha puesto á tanta altura la fábrica real: es M. Krohg.

En el palacio de las Secciones industriales, Noruega está representada por una exposición sencilla y popular. Conócese que se está allí en presencia de un pueblo virgen, sin pasado clásico y por lo mismo más interesante. En aquel país de bosques, prados y rocas no hay monumentos: allí todos los hombres son marinos, leñadores ó pastores. Exponen modelos de barcos y de balleneras, muestras de maderas, de fachadas de *chalets*, clavos de hierro, arreos de pesca, y pequeñas piezas de platería arcaica. Todo esto constituye un conjunto curiosamente homogéneo.

Después de Bélgica, creemos que la nación que más parte tiene en el brillo de la Exposición universal es Suiza. El Palacio de máquinas nos ofrece un cumplido resumen

de sus progresos en la mecánica. La máquina de vapor de Sulzer, de válvulas, que engendra una fuerza de 8.000 caballos de vapor, es un tipo suizo digno de ver. También son de contemplar las máquinas eléctricas de los talleres de Cérlikon, las turbinas hidráulicas, las máquinas elevadoras, las de diferentes clases para hilaturas, papelerías, relojerías, industrias textiles, etc.

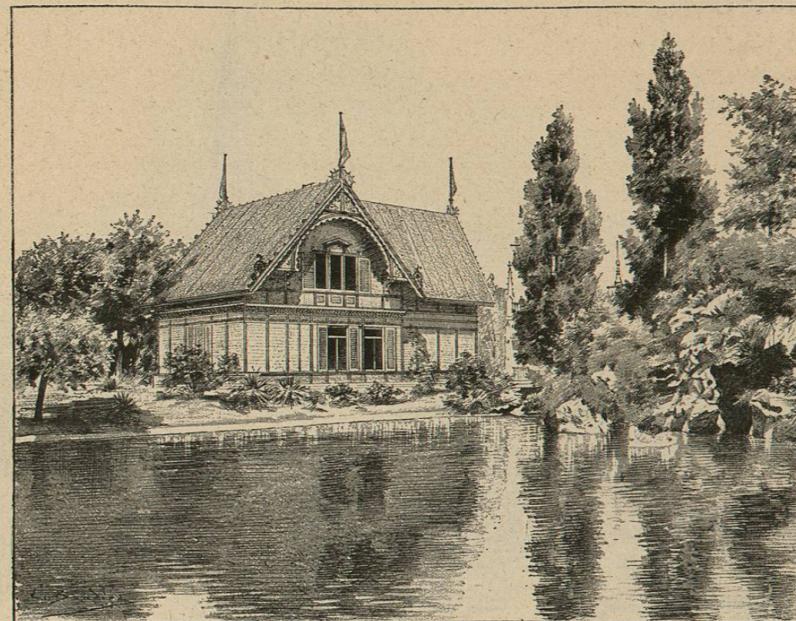
Los principales productos que nos envía la Confederación consisten en sederías de Zurich y Basilea, cotonadas, muselinas, encajes, bordados finos de Appenzel y de Saint Gall; innumerables muestras de relojería de Ginebra, Neuchatel y otras poblaciones; esculturas en madera del Oberland; ensayos de cerámica, vidriería, cristalería, hierro forjado y bronce de arte, procedentes de varios puntos, y muestras de industrias alimenticias, como quesos del cantón de Berna y harinas lácteas y leches condensadas del Valais. Añádase á esto toda la documentación estadística, económica, escolar y cartográfica que caracteriza á una exposición oficial, y que atestigua los inmensos progresos realizados. No les falta á los suizos más que refinar un poco su gusto; pero ya tienen artistas, y acabarán sin duda por tener un arte.

Nos detendremos poco en la sección italiana. Dícese que Italia ha mejorado mucho su ejército y su marina, que se ha perfeccionado en agricultura, y que la rigurosa presión oficial ha impedido que sus grandes industriales concurren á nuestra Exposición. Por esto último sin duda, la sección italiana es tan pobre, reduciéndose, en cuanto á industria, á los wagones de ferrocarril construídos en Lombardía y en cuanto á objetos de lujo ó de arte á esas estatuillas de mármol, madera ó barro cocido que no ofrecen gusto ni novedad, ó á unos cuantos muebles recargados de adornos, cristalerías afiligradas y de colores chillones y espejos barrocos.

¿Qué es esa galería estrecha y larga en que entramos ahora? El recinto destinado á la República de San Marino, recinto muy bien arreglado, y adornado de hermosos tapices antiguos, de una gran chimenea esculpida, de sillones entre los cuales hay mesitas en las que están expuestas las curiosidades naturales y las producciones del suelo. Vese allí un plano en relieve de la pequeña República que se glorifica de sus quince siglos de estable independencia.

Daremos fin á este paseo visitando la exposición de Grecia. En la fachada monumental de la sección están inscriptos estos nombres gloriosos: Homero, Esquilo, Sófocles, Tucídides, Aristóteles, Arquímedes, Euclides, Fidias, Apeles, Pericles... ¿Quién no trascorrería este umbral con respeto? En realidad, la exposición griega no deja de parecerse á las demás exposiciones de la Europa oriental. Allí se ven brillantes alfombras, bordados de oro y de seda, trajes dados por personas populares, pero de tal opulencia que difícilmente se verán otros iguales llevados por los campesinos del Atica, de Patrás, de Megara y de la isla de Eubea; cereales, vinos, mármoles de colores, muestras de productos de las minas del Laurium, y el plano en relieve del canal de Corinto en vías de ejecución. En una pared hay una docena de fotografías y una acuarela que nos muestran los últimos hallazgos de las excavaciones del Acrópolis, estatuas arcaicas que conservan aún vestigios de policromía.

LUIS DUSSERT



La casita sueca (vista tomada desde el lago, cerca de la Torre Eiffel)

LAS CASITAS ESCANDÍNAVAS

Junto á los pequeños lagos dormidos del Campo de Marte, y entre los más suaves tintes de una verde espesura, destacan, bajo un cielo azul, las casitas escandinavas con sus finas denticulaciones y sus crestas agudas.

Nada tan agraciado como esos caprichosos edificios, todos de madera, que conservan bajo el claro barniz el tinte natural y los tonos brillantes del pinabete de Suecia, de Noruega ó de Finlandia; pero la casita sueca es la que más me choca.

Por sus proporciones, por su conjunto y sus detalles, ninguna me agrada tanto. El remate angular de su fachada, y el triple vano del primer piso, con sus tablas delgadas, que parecen proyectarse en todos sentidos como otros tantos radios, los cuales van á perderse bajo el cintro recortado que le encuadra; los arcos graciosos, separados por esbeltas columnitas, sobre las cuales se corre el alero del mirador, y el perfil delicado de los balaustres, que parecen asaltar la madera, son otros tantos modelos de elegancia y de buen gusto.

Como construcción, si se exceptúa el cimientó de mampostería, todo es maderamen; tres tabiques de pinabete forman gruesas paredes de seis á ocho centímetros, revestidas interiormente de cartón asfaltado, con lo cual se hacen impermeables.

Franquear la escalinata, que solamente consta de cuatro peldaños, y se verá delante el salón, trazado en escuadra en el principal cuerpo de edificio, con el cual se comunica por un estrecho vestíbulo. Así en el primer piso como en el bajo hay tres habitaciones que se agrupan en derredor del hueco de la escalera, decorado con grandes paisajes.

Contiguo á todo esto hállase la biblioteca, donde se han recogido las más hermosas